

Cambiar todo para que todo siga igual

Comunicado del colectivo Amor y Rabia

El mundo, tal como lo hemos conocido, está llegando a su fin. Ante nuestros ojos están teniendo lugar a gran velocidad cambios enormes que van a definir una nueva estructura social, así como un nuevo orden global. Estos cambios son fundamentalmente:

1) El desmoronamiento del sistema capitalista neoliberal como lo hemos conocido. Este derrumbe no se debe al Coronavirus, como se nos pretende hacer creer, sino que se inició el pasado septiembre con el derrumbe de los mercados de créditos a corto plazo (REPOs), que forzó la intervención de la Reserva Federal de EEUU y la puesta en marcha de un programa de inyección de más de dos billones de dólares entre diciembre y enero. Desde entonces, esta crisis se ha extendido a los mercados y dio lugar a una crisis de liquidez que se ha transformado en una crisis de solvencia debido a un verdadero tsunami de pérdida de rating de las empresas, que las impide acceder a financiación. La necesidad de guardar el dinero líquido disponible estaba a punto de provocar el derrumbe de unas bolsas infladas artificialmente durante la última década mediante la recompra de las acciones por las propias empresas, pero la cuarentena ha permitido camuflarlo y justificar una gigantesca ola de despidos y la puesta en marcha de una nueva ronda de gigantescas subvenciones estatales a empresas y bancos que en gran parte son verdaderos zombis.

2) El mayor trasvase de riqueza de la historia y la generalización de la miseria. Con la excusa de volver a poner en marcha la economía se van a poner en marcha modificaciones fundamentales de la estructura económica de las sociedades occidentales, que se van a concentrar en la destrucción de los restos del llamado *"estado del bienestar"*, y muy especialmente las pensiones. Aparentemente pretenden camuflar la pérdida de capacidad adquisitiva que van a provocar los recortes consecuencia de los programas de rescate de la oligarquía mediante la Renta Básica Universal, que serviría para asegurar unos ingresos que rocen la miseria para impedir rebeliones.

3) El fin de la Globalización y la resurrección del proteccionismo para hacer frente a China. Desde antes de la llegada de Trump al poder el capitalismo occidental ha visto caer su tasa de beneficio mientras, de manera paralela, China se convertía en el principal socio comercial del planeta, con empresas capaces de competir con los monopolios de alta tecnología de EEUU. Para hacer frente al coloso chino, las élites occidentales capitaneadas por Washington han decidido poner en marcha una nueva Guerra Fría y destruir las cadenas de suministros globales, aun a costa de sumergir al planeta en el caos y la pobreza. El pasado es una advertencia del futuro: la última vez que se destruyó un mercado global sustituyéndolo por bloques comerciales cerrados fue durante la década de los 30, y el resultado fue el hundimiento en un 60% del comercio global y una escalada que degeneró en la Segunda Guerra Mundial.

4) Una restricción generalizada y posiblemente permanente de las libertades individuales. Con la excusa de la cuarentena se ha puesto en marcha un despliegue gigantesco de medidas de control social que no tienen nada que envidiar a las usadas por China. Los grandes monopolios de nuevas tecnologías occidentales anuncian la puesta en marcha de mecanismos en colaboración con el estado para acceder a los datos de cada individuo, gracias a la eliminación de las leyes que protegían la privacidad occidental, y en paralelo se está llevando a cabo un despliegue militar y policial que asegura el encarcelamiento *de facto* de la sociedad en su conjunto. En el momento en que la oligarquía decide nuestro futuro con la negociación de unos nuevos Pactos de la Moncloa, el derecho de reunión y manifestación ha sido ilegalizado en la práctica y solo se puede salir a la calle para ir a trabajar, haciendo imposible una resistencia colectiva contra los planes del gran capital.

La única forma de luchar contra esto es organizarse: cada persona cuenta en las luchas que se avecinan.

Veronelli y Goliat

La historia está llena de milagros, sólo hay que saber buscarlos. En 1977 un Tribunal italiano paralizó la distribución de Cocacola en todo país. Durante un día, nadie pudo comprar una sola botella del coloso de Atlanta en toda Italia. Y dicho milagro fue más milagro aún -si cabe- porque fue obrado por un anarquista: Luigi Veronelli.

Al igual que el refresco más famoso -y poderoso- del mundo, la calidad de la que goza el vino italiano hoy en día también tuvo su propio ingrediente secreto, que no fue otro que el propio Luigi. ***"La vida es demasiado corta como para beber malos vinos"***. Periodista, editor, poeta, gastrónomo... Veronelli nació en Milán, Lombardía, en 1926. Alcanzó la mayoría de edad a finales de la II Guerra Mundial y para

(sigue en la página 2)

(viene de la primera página)

1946 ya se había declarado como anarquista -según él mismo relata- tras asistir a una conferencia del historiador Benedetto Croce en Milán.

Estudió filosofía en una Italia derrotada, segmentada y agrícola que ya había comenzado el meteórico viaje hacia una identidad cultural compartida, la industrialización y el crecimiento de las grandes urbes. ***"Los italianos necesitaban cómo entender a un país que se estaba industrializando rápidamente sin perder interés en las habilidades tradicionales del lechero, el pescador ilegal, el recolector de hongos y caracoles"***. En 1956 comenzaba su carrera como editor y tradujo al italiano **La cuestión social** de Proudhon e **Historias, cuentos y fábulas** del Marqués de Sade, asunto este último que le supondría tres meses de cárcel por publicar obscenidades y la destrucción de todas las copias en la que sería la última quema de libros -pública al menos- en Italia. Todo un símbolo.

Escuché una vez por ahí que el resultado de sumar comida más bebida se llama gastronomía. Me vale. La lucha de Veronelli se centró en el común denominador de estos dos factores: La tierra. Había que defender la agricultura frente a los intereses de las grandes corporaciones y rescatar a los pequeños productores -***"los verdaderos sabios de Italia"***- frente a las grandes corporaciones y una industrialización que los había dejado atrás.

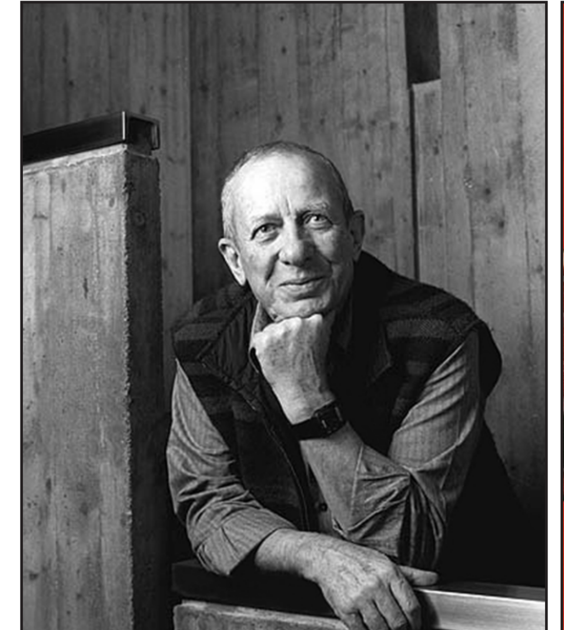
Veronelli utilizaba un lenguaje sencillo y accesible para hablar del vino, siempre huyendo de tecnicismos que lo convirtieran en algo elitista o exclusivo de ***"entendidos"***, pero además de esto -que no está nada mal- donde derrochaba talento por los cuatro costados era en la manera de expresarse, tan divertida, tan lírica y poética, que te relames de puro gusto con sólo leer sus descripciones. Tenía sus arranques, claro. Era italiano. En cierta ocasión llamó ***"imbécil"*** a un chef italiano porque en una receta televisada utilizó aceite de girasol en vez de oliva. La pasión de la lucha.

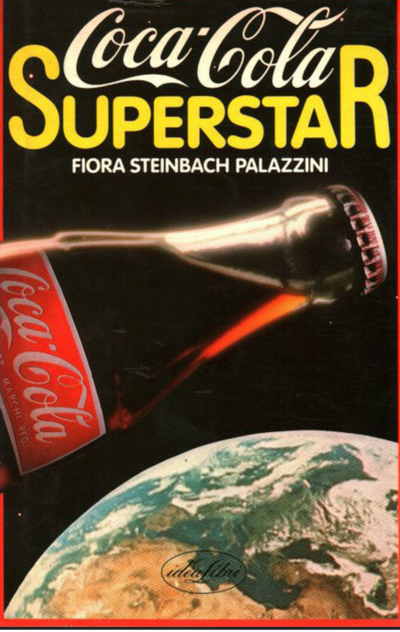
Tuvo sus desencuentros con la izquierda de la época (cómo no, ya trataremos este asunto para otro día) muy aplicada en defender a los agricultores pero impermeable a los buenos alimentos, lujos impropios de la estoica clase trabajadora. ***"Los grandes vinos son puros, racionales, armoniosos: por lo tanto, por definición, son anárquicos"***. Para Veronelli, comer y beber bien era un acto político. Se nos escapa que hay toda una ideología industrial que nos invade, y la gastronomía, por tanto, es en sí misma -debe serlo- un acto de resistencia. Para cerrar con otra cita suya: ***"El peor vino elaborado por un agricultor siempre es mejor que el mejor vino industrial"***.

"La Cocacola está fuera de la ley". Con este titular, *La Repubblica* abría un artículo que explicaba la denuncia de nuestro héroe contra el Titán carbonatado. El análisis no podía ser más sencillo: Si la Cocacola es un alimento, ¿Por qué no refleja en el etiquetado de manera explícita su composición? Recordemos que la ***"cola"*** -obtenida de las semillas del árbol de la nuez de cola- o la ***"coca"***, extracto saborizante procedente del arbusto andino -y desprovisto de su famoso alcaloide- no figuran entre sus ingredientes. Este argumento bastó para convencer a un juez y en 1977 se prohibía en Italia la distribución del chisporroteante brebaje. ***"Si la Cocacola es comida, que cumplan"***. La victoria fue breve, aunque apoteósica. Cuidadito con Veronelli. A ver cuántos han conseguido la mitad que él.

Tras su muerte, en 2004, su nombre y el del exitoso bebedizo saltaron nuevamente a la prensa debido a una obra póstuma suya: ***"Vietato vietare: Tredici ricette per vari disgusti"***. No hace falta traducir, ¿Verdad?. Prohibido prohibir. El libro consta de trece recetas totalmente reales de distintas culturas (hay alguna española, dicho sea de paso) que incluyen arañas, monos, ratas, gatos, etc. a cada cual más asquerosa. ¿El escándalo? Una de las recetas es de costillas con cocacola. Desde luego, nuestro Luigi además de un genio era un cachondo mental. ¿O no?.

Hablaré de esas recetas, por cierto, y de la gastronomía en tiempos de guerra y grandes crisis, muy a cuento a raiz del encierro que venimos padeciendo y que ha dado lugar a esta jugosa y necesaria publicación. Nos vemos.





El Estado con mascarilla

Miguel Amorós

La actual crisis ha significado unas cuantas vueltas de tuerca en el control social por parte del Estado. Lo principal en esa materia ya estaba bastante bien implantado porque las condiciones económicas y sociales que hoy imperan así lo exigían; la crisis no ha hecho más que acelerar el proceso. Estamos participando a la fuerza como masa de maniobra en un ensayo general de defensa del orden dominante frente a una amenaza global. El coronavirus 19 ha sido el motivo para el rearme de la dominación, pero igual hubiera servido una catástrofe nuclear, un impasse climático, un movimiento migratorio imparable, una revuelta persistente o una burbuja financiera difícil de manejar. No obstante la causa no es lo de menos, y la más verídica es la tendencia mundial a la concentración de capitales, aquello a lo que los dirigentes llaman indistintamente mundialización o progreso. Dicha tendencia halla su correlato en la tendencia a la concentración de poder, así pues, al refuerzo de los aparatos de contención, desinformación y represión estatales. Si el capital es la sustancia de tal huevo, el Estado es la cáscara. Una crisis que ponga en peligro la economía globalizada, una crisis sistémica como dicen ahora, provoca una reacción defensiva casi automática y pone en marcha mecanismos disciplinarios y punitivos de antemano ya preparados. El capital pasa a segundo plano y entonces es cuando el Estado aparece en toda su plenitud. Las leyes eternas del mercado pueden tomarse unas vacaciones sin que su vigencia quede alterada.

El Estado pretende mostrarse como la

tabla salvadora a la que la población debe de agarrarse cuando el mercado se pone a dormir en la madriguera bancaria y bursátil. Mientras se trabaja en el retorno al orden de antes, o sea, como dicen los informáticos, mientras se intenta crear un punto de restauración del sistema, el Estado interpreta el papel de protagonista protector, aunque en la realidad este se asemeje más al de bufón macarra. A pesar de todo, y por más que lo diga, el Estado no interviene en defensa de la población, ni siquiera de las instituciones políticas, sino en defensa de la economía capitalista, y por lo tanto, en defensa del trabajo dependiente y del consumo inducido que caracterizan el modo de vida determinado por aquella. De alguna forma, se protege de una posible crisis social fruto de otra sanitaria, es decir, se defiende de la población. La seguridad que realmente cuenta para él no es la de las personas, sino la del sistema económico, esa a la que suelen referirse como seguridad "nacional". En consecuencia, la vuelta a la normalidad no será otra cosa que la vuelta al capitalismo: a los bloques colmena y a las segundas residencias, al ruido del tráfico, a la comida industrial, al transporte privado, al turismo de masas, al panem et circenses… Las formas extremas de control como el confinamiento y la distancia interindividual terminarán, pero el control continuará. Nada es transitorio: un Estado no se desarma por propia voluntad, ni prescinde gustosamente de las prerrogativas que la crisis le ha otorgado. Simplemente, "hibernará" las menos populares, tal como ha hecho siempre. Tengamos en cuenta que la población no ha sido movilizada, sino inmovilizada, por lo que es lógico pensar que el Estado del capital, más en guerra contra ella que contra el coronavirus, trata de curarse en salud imponiéndole condiciones cada vez más antinaturales de supervivencia.

La seguridad que realmente cuenta para el estado no es la de las personas, sino la del sistema económico

El enemigo público designado por el sistema es el individuo desobediente, el indisciplinado que hace caso omiso de las órdenes unilaterales de arriba y rechaza el confinamiento, se niega a permanecer en los hospitales y no guarda las distancias.

El que no comulga con la versión oficial y no se cree sus cifras. Evidentemente, nadie señalará a los responsables de dejar a los sanitarios y cuidadores sin equipos de protección y a los hospitales sin camas ni unidades de cuidados intensivos suficientes, a los mandamases culpables de la falta de tests de diagnóstico y respiradores, o a los jerarcas administrativos que se despreocuparon de los ancianos de las residencias. Tampoco apuntará el dedo informativo a expertos desinformadores, a empresarios que especulan con los cierres, a los fondos buitre, a los que se beneficiaron con el desmantelamiento de la sanidad pública, a quienes comercian con la salud o a las multinacionales farmacéuticas… La atención estará siempre dirigida, o mejor teledirigida, a cualquier otro lado, a la interpretación optimista de las estadísticas, al disimulo de las contradicciones, a los mensajes paternalistas gubernamentales, a la incitación sonriente a la docilidad de las figuras mediáticas, al comentario chistoso de las banalidades que circulan por las redes sociales, al papel higiénico, etc. El objetivo es que la crisis sanitaria se compense con un grado mayor de domesticación. Que no se cuestione un ápice la labor de los dirigentes. Que se soporte el mal y que se ignore a los causantes.

La pandemia no tiene nada de natural; es un fenómeno típico de la forma insalubre de vida impuesta por el turbocapitalismo

La pandemia no tiene nada de natural; es un fenómeno típico de la forma insalubre de vida impuesta por el turbocapitalismo. No es el primero, ni será el último. Las víctimas son menos del virus que de la privatización de la sanidad, la desregulación laboral, el despilfarro de recursos, la polución creciente, la urbanización desbocada, la hipermovilidad, el hacinamiento concentracionario metropolitano y la alimentación industrial, particularmente la que deriva de las macrogranjas, lugares donde los virus



encuentran su inmejorable hogar reproductor. Condiciones todas ellas idóneas para las pandemias. La vida que deriva de un modelo industrializador donde los mercados mandan es aislada de por sí, pulverizada, estabulada, tecnodependiente y propensa a la neurosis, cualidades todas que favorecen la resignación, la sumisión y el ciudadanismo “responsable”. Si bien estamos gobernados por inútiles, ineptos e incapaces, el árbol de la estupidez gobernante no ha de impedirnos ver el bosque de la servidumbre ciudadana, la masa impotente dispuesta a someterse incondicionalmente y encerrarse en pos de la seguridad aparente que le promete la autoridad estatal. Esta, en cambio, no suele premiar la fidelidad, sino guardarse de los infieles. Y, para ella, en potencia, infieles lo somos todos.

En cierto modo, la pandemia es una consecuencia del empuje del capitalismo de estado chino en el mercado mundial. La aportación oriental a la política consiste sobre todo en la capacidad de reforzar la autoridad estatal hasta límites insospechados mediante el control absoluto de las personas por la vía de la digitalización total. A esa clase de virtud burocrático-policial podría añadirse la habilidad de la burocracia china en poner la misma pandemia al servicio de la economía.

El régimen chino es todo un ejemplo de capitalismo tutelado, autoritario y ultradesarrollista al que se llega tras la militarización de la sociedad. En China la dominación tendrá su futura edad de oro. Siempre hay pusilánimes retardados que lamentarán el retroceso de la “democracia” que el modelo chino conlleva, como si lo que ellos denominan así no fuera otra cosa que la forma política de un periodo obsoleto, el que correspondía a la partitocracia consentida en la que ellos participaban gustosamente hasta ayer. Pues bien, si el parlamentarismo empieza a ser impopular y maloliente para los dirigidos en su mayoría, y por consiguiente, resulta cada vez menos eficaz como herramienta de domesticación política, en gran parte es debido a la preponderancia que ha adquirido en los nuevos tiempos el control policial y la censura sobre malabarismo de los partidos. Los gobiernos tienden a utilizar los estados de alarma como herramienta habitual de gobierno, pues las medidas que implican son las únicas que funcionan correctamente para la dominación en los momentos críticos. Ocultan la debilidad real del Estado, la vitalidad que contiene la sociedad civil y el hecho de que al sistema no le sostiene su fuerza, sino la atomización de sus súbditos descontentos. En una fase política donde el miedo, el chantaje emocional y los big data son fundamentales para gobernar, los partidos políticos son mucho menos útiles que los técnicos, los comunicadores, los jueces o la policía.

el parlamentarismo empieza a ser impopular y maloliente para los dirigidos, y resulta cada vez menos eficaz como herramienta de domesticación política

Lo que más debe de preocuparnos ahora es que la pandemia no solo culmine algunos procesos que vienen de antiguo, como por ejemplo, el de la producción industrial estandardizada de alimentos, el de la medicalización social y el de la regimentación de la vida cotidiana, sino que avance considerablemente en el proceso de la digitalización social. Si la comida basura como dieta mundial, el uso generalizado de remedios farmacológicos y la coerción institucional constituyen los ingredientes básicos del pastel de la cotidianidad posmoderna, la vigilancia digital (la coordinación técnica de las videocámaras, el reconocimiento facial y el rastreo de los teléfonos móviles) viene a ser la guinda. De aquellos polvos, estos lodos. Cuando pase la crisis casi todo será como antes, pero la sensación de fragilidad y desasosiego permanecerá más de lo que la clase dominante desearía. Ese malestar de la conciencia restará credibilidad a los partes de victoria de los ministros y portavoces, pero está por ver si por sí solo puede echarlos de la silla en la que se han aposentado. En caso contrario, o sea, si conservaran su poltrona, el porvenir del género humano seguiría en manos de impostores, pues una sociedad capaz de hacerse cargo de su propio destino no podrá formarse nunca dentro del capitalismo y en el marco de un Estado. La vida de la gente no empezará a caminar por senderos de justicia, autonomía y libertad sin desprenderse del fetichismo de la mercancía, apostatar de la religión estatista y vaciar sus grandes superficies y sus iglesias.



La cuarentena, en una imagen

Contra el Estado (de Alarma)

CSA La Ortiga

«Hemos dejado que sea el Estado patriarcal y paternalista, con su lógica infantilizadora, el que tome las decisiones por la población. Hemos dejado que se nos cercene la capacidad de reflexión, la creatividad a la hora de buscar soluciones, la responsabilidad social de hacer lo que creemos que es mejor para nosotres y para el resto»

En las dos últimas semanas estamos asistiendo a un incremento de las tensiones sociales, que se debaten entre el **individualismo** más voraz y la cultura del "sálvese quién pueda" por una parte, y la solidaridad y el **apoyo mutuo** entre iguales por la otra, pasando por la **normalización de un autoritarismo** de Estado que ya se venía adivinando en el horizonte pre-pandemia.

En un lado de la cuerda tenemos a aquella gente que se puede permitir tener una segunda vivienda y aislarse allí, propagando el virus y el miedo por aquellos territorios receptores de turistas; a quienes tienen la capacidad económica de acumular comida y papel higiénico, desabasteciendo supermercados y tiendas e impidiendo que quienes viven al día puedan adquirir lo necesario para subsistir. Esta es la misma gente que luego espía por las ventanas a sus vecines más precaries, les que tienen que salir a la calle a trabajar porque en su puesto no es posible el teletrabajo, pero su empresa no para; les que llegan después de su turno de 12 horas en el hospital, después de recibir los aplausos de las 20h de rigor, y tienen que bajar al perro a la calle a que al menos mee; o les que tienen neurodivergencias reconocidas y necesitan salir a la calle. **La misma gente que tiene el "privilegio" de no salir, es la que está criminalizando y denunciando a quienes no les queda más remedio que hacerlo mientras aplauden las medidas represoras del Estado** y se convierten, elles mismes, en policías de balcón.

Privilegio este derivado, no de una suerte de responsabilidad social e individual, sino de la aceptación irreflexiva de unas medidas autoritarias impuestas desde arriba y "por nuestro propio bien". Y mientras a la población se la mantiene mansamente recluida en "casa", se ha permitido durante dos semanas que las empresas sigan teniendo abiertas sus fábricas y oficinas, sin cumplir con unas medidas de seguridad mínimas para sus trabajadores, poniéndoles en riesgo y favoreciendo el contagio entre sus familiares dependientes.

Hemos dejado que sea el Estado patriarcal y paternalista, con su lógica infantilizadora, el que tome las decisiones por la población. Hemos dejado que se nos cercene la capacidad de reflexión, la creatividad a la hora de buscar soluciones, la responsabilidad social de hacer lo que creemos que es mejor para nosotres y para el resto, y hemos caído en el discurso de que "hay que prohibir porque la gente es muy inconsciente". Pero quien que es inconsciente, individualista y sólo piensa en sí misme, lo es porque ha sido educade en una sociedad que alienta precisamente esa forma de pensar. Ahora exigimos **responsabilidad social**, mañana seguiremos **educando en la competitividad** y en el individualismo neoliberal que alimenta este tipo de conductas antisociales.



Frente a esto, muchas comunidades se están organizando, florecen **redes de apoyo mutuo y cajas de resistencia** por doquier y se demuestra que otra forma de hacer las cosas es posible. Iniciativas que serían difíciles de imaginar sin un trabajo previo por parte de los movimientos sociales, muchas de ellas surgidas directamente de estos. Nacen desde abajo, desde las individualidades y colectividades de la calle, promulgan la **horizontalidad frente al asistencialismo**, hablan de la importancia de poner los **cuidados en el centro** y de la responsabilidad social e individual, no impuesta sino autoreflexionada. Hablan y denuncian también la **situación que se vive en los márgenes**, de las personas en situación de calle, la sin papeles, de los manteros, de las trabajadoras sexuales, de las cuidadores, de las kellys, de los repartidores de Glovo, de las personas presas en CIEs y cárceles masificadas y sin atención médica adecuada, de todos aquellos eslabones olvidados por Papá Estado, a quienes ha olvidado conscientemente, poniéndolos como carnaza, legitimándolos sólo cuando les conviene. Denuncian, como están denunciando militantes y colectivos migrantes y antirracistas, que ahora **el Estado está dando papeles a las migrantes con formación sanitaria para que se pongan en primera línea frente al virus**. Podrían haber regularizado su situación antes, cuando no hacía falta carne de cañón. Pero si no son útiles, no los queremos. **Cuerpos de usar y tirar**.

Mientras, la policía y el ejército han inundado las calles despobladas, más legitimados y empoderados que nunca, haciendo gala de su particular y violenta forma de "proteger y servir", y dispuestos a hacer lo que en realidad siempre han hecho: vigilar y castigar a quienes desobedecen, ya sea por gusto, ignorancia o por necesidad. **Prohibir es lo que tiene, desencadena actos de desobediencia**. Imponer unas normas desde arriba y de forma unilateral, no teniendo en cuenta diferentes contextos como el urbano/rural, las neurodivergencias o problemas de salud mental no medicalizados (que los hay y son muchos), las necesidades de la población infantil; impidiendo el ejercicio crítico, la creatividad colectiva y la conciencia de una responsabilidad individual y social, todo esto tiene como consecuencia la no aceptación de dichas normas, la desobediencia, más o menos reflexionada, de aquellas personas que no están de acuerdo. Y su consiguiente castigo.

Aquí entra en juego nuevamente el individualismo y la lógica neoliberal, pero aquí también deberían entrar en juego nuevas formas de hacer las cosas desde los cuidados y la consciencia colectiva. **Organizarse con las vecinas** para ir a hacer la compra, para ver qué tal están las vecinas que viven solas o están aisladas, si quieren hablar, si necesitan algo. **Utilizar los balcones, las ventanas, no para vigilar y criminalizar, sino para crear comunidades de solidaridad**.

Hoy más que nunca nos seguiremos organizando para que a nadie le falte lo básico. Nos seguiremos cuidando entre nosotres, mediante protocolos de higiene y seguridad, calor y apoyo emocional en la distancia. No necesitamos del Estado como garante de nuestra seguridad. **No necesitamos un príncipe-Estado que nos salve. Nos salvamos entre nosotres, en comunidad**.

NO

Tomás Ibañez

Están proliferando los textos que presentan la actual situación como una gran oportunidad para salir por fin del capitalismo y poner fin a sus estragos. Casi se celebra la aparición de la pandemia porque esta puede alumbrar la toma de consciencia que propiciará la transformación del mundo

Es obvio que la actual crisis provocada por la pandemia del COVID-19 hace aun mas perentoria la exigencia de gritar un clamoroso ¡NO! frente a un capitalismo y a un sistema social abyecto, contra el cual muchas personas venimos luchando desde largo tiempo. Hay que gritar NO y, además, procurar actuar en consecuencia. Bienvenidos sean, pues, los renovados e intensificados esfuerzos por poner de manifiesto la insoportable barbaridad del capitalismo y apelar a las luchas contra él.

Pero, esta crisis también nos convoca a decir NO al autoengaño que practica un amplio sector de ese espectro revolucionario antiautoritario, en el cual me sitúo. Ese autoengaño consiste en creer y hacernos creer, que el capitalismo podría estar tocado de muerte por esta crisis y que la pandemia dará lugar a un intenso ciclo de luchas capaz de transformar el mundo. Por fin, las clases populares van a percibir de forma diáfana la necesidad de dar la espalda al sistema, y nos toca contribuir a dar la estocada final a un capitalismo moribundo. ***“Pueblos del mundo, aun otro esfuerzo”*** reza un texto reciente que acompaña su título con ecos de la Internacional: ***“El mundo cambia de base”***.

La percepción de la realidad que augura un mundo mejor contribuye a enmascarar el rápido avance de un totalitarismo de nuevo tipo

De hecho, están proliferando los textos que presentan la actual situación como una gran oportunidad para salir por fin del capitalismo y poner fin a sus estragos. Casi se celebra la aparición de la pandemia porque esta puede alumbrar la toma de consciencia que propiciará la transformación del mundo.

Si no aplaudo a esos bien intencionados textos, y frecuentemente interesantes, es por un doble motivo.

El primero es porque el deseo de revolución, que siempre debemos mantener vivo con independencia de que creamos o no que se pueda traducir en un proyecto de revolución, puede ocasionar enormes distorsiones de la percepción de la realidad. Sobre todo, en los momentos en los que está se vuelve incierta y angustiosa.

El segundo motivo es porque esos textos hacen dar un gran paso atrás a las luchas contra el sistema capitalista y sus estructuras de dominación, retrotrayéndolas a tiempos y esquemas revolutos.

¿Distorsión de la realidad? Veamos. Me temo que, si bien es cierto que la pandemia va a lanzar a la lucha a una parte de la población, sobre todo aquella que va a sufrir las peores consecuencias del “relanzamiento” de la economía capitalista, otra parte no desdeñable de la población, sobre todo la mas traumatizada por el miedo y por eventuales desastres familiares, nada va a querer saber de agitaciones con sus correspondientes incertezas, y puede decantarse más bien hacia demandar mayor disciplina y orden social. ¿o no? No cabe arropar la post-crisis exclusivamente con los adornos de la esperanza revolucionaria.

Así mismo, no cabe duda de que el capitalismo acusa un duro golpe en su hoja de ruta de continuada expansión, pero nada indica que se vaya a realizar por fin el manido lema de “la crisis final del capitalismo”. Lo hemos oído tantas veces que casi da rubor volver a hacerlo. Lo más probable es que el capitalismo cambiará algunos de sus aspectos (para bien o para mal) y que como lo viene haciendo desde que se implantó absorberá los problemas para fortalecerse con su resolución. Puede que lo que digo a este respecto sea también una distorsión de la realidad, pero, de momento la historia del capitalismo indica lo contrario.

Por fin, esa percepción de la realidad que augura un mundo mejor contribuye a enmascarar el rápido avance de un totalitarismo de nuevo tipo que muestra sus colmillos no sólo en Corea y en China, sino también en Afganistán y en Palestina con los drones armados, así como en los engendros producidos en la Silicón Valley (GAFA). Ese totalitarismo discurre por las vías del control social (geolocalización, reconocimiento facial, etc.) pero también por la medicalización de la vida y por la ingeniería genética. No percibir que la pandemia facilita su avance y que urge hacer frente a esa realidad es algo que acompaña la percepción de un futuro prometedor.

¿Paso atrás? Veamos. El segundo motivo por el cual recelo de esos textos es porque frente a la fascinación por un cambio total (todo o nada) y por el viejo gran relato de la insurrección victoriosa, los planteamientos posteriores a Mayo del 68 habían conseguido orientar las luchas hacia el desmantelamiento, en el presente, de los dispositivos de poder articulados por el capitalismo, o vigentes en su seno (como por ejemplo el patriarcado). Esa multiplicación y diversificación de los frentes de resistencia y de subversión ha arrancado avances notables para las libertades y para las vidas de la gente, sin supeditar todo ello al gran cambio social que, por propia definición, siempre se sitúa fuera del presente mientras no haya acontecido.

Los llamamientos a la convergencia de las luchas, unificadas en el objetivo de acabar con el capitalismo, olvida que para que las luchas puedan converger primero tienen que ser múltiples, y que, si bien esa convergencia es deseable, lo propio es que se produzca por la propia presión y la propia lógica de los acontecimientos (como ocurrió por ejemplo el 15M) y que la tendencia homogenéizante no debilite las energías de las luchas parciales (como también ocurrió después del 15M). Resulta además que esos textos suelen descalificar como factores de división y de debilitamiento de la lucha todo lo que se despliega fuera de la gran lucha unificada contra el capital.

Los llamamientos a la convergencia de las luchas para acabar con el capitalismo olvidan que primero tienen que ser múltiples

Ahora bien, lo que estoy comentando no se inscribe contra la exigencia de denunciar el capitalismo y de luchar contra él, eso es absolutamente inexcusable, pero sí se desmarca de una tendencia que me parece percibir en estos momentos en buena parte de los análisis, y que creo que es perjudicial para la eficacia de las luchas.

Imagino que la tentación de descalificar la postura que expongo diciendo que invita a bajar los brazos y a renunciar a la lucha puede ser fuerte. Dejadme pues, que repita lo que he escrito en múltiples ocasiones, y sigo manteniendo: aun en las condiciones más adversas la lucha siempre es posible, la única condición absolutamente necesaria es que exista voluntad de lucha. Si esta voluntad se manifiesta no es menester que se persigan o que se esperen resultados definitivos y de gran alcance, como bien lo sabía el Sísifo de Albert Camus.